

HECHOS Y NOTAS

Acaban de terminar las fiestas del primer Centenario de la Independencia de Chile, celebradas con un esplendor y un brillo que han sobrepasado, sin duda, nuestras más halagadoras esperanzas. Santiago presentaba el aspecto de las ciudades encantadas de los cuentos orientales, con sus iluminaciones feéricas, sus guirnalda de luces de colores que aparecían como prendidas en las gasas de la noche, con destellos de brillantes. La Alameda era como un encaje luminoso, una visión de ensueño, con extrañas perspectivas de aurora boreal y con las realidades encantadoras de un sueño realizado, como si después de un siglo se hiciera la apoteosis de los héroes que alzaban el bronce de sus estatuas en medio del triunfo definitivo, la hora de justicia había sonado para ellos. Siempre se necesita el transecurso de largo número de años para que el alma, como el mar, se tranquilice, y tome, por un momento, la suprema calma sin la cual no es posible entrar en las propias entrañas de la vida.

Una multitud inmensa recorría las calles y las avenidas iluminadas de manera sorprendente; animábanse los rostros con la alegría del vivir, con la conciencia del progreso realizado, con la esperanza de la fortuna, con el ansia de algo nuevo que viene, que está cerca, que ha llegado y que también nos ilumina interiormente. Los uniformes brillantes del ejército chileno se mezclaban, en esta ocasión, con los uniformes históricos de los granaderos de Maipo, de los soldados argentinos, como lo hicieron hace un siglo, en los campos de batalla. Los diarios parisenses referían hace poco la emoción extraordinaria que les embargaba al presenciar el desfile por las calles de París, de esos mismos Granaderos, con los uniformes llevados por los soldados del gran Napoleón durante el primer Imperio; no era inferior, sin duda, la emoción de los nuestros al contemplar la resurrección de aquellos tiempos, y al ver surgir, como al golpe de varilla mágica, los antiguos soldados de San Martín, con sus viejos morriones de otras épocas desvanecidas, casi muertas en las lejanías de la historia. Es tal el mágico poder de evocación de las cosas viejas que hacen revivir á nuestros ojos, con absoluta intensidad, las épocas ya muertas, desaparecidas y lejanas. Por eso, precisamente, la Exposición Histórica del Centenario ha tenido una importancia excepcional; ha sido como la evocación de un siglo entero, del siglo XIX; más aún, la evocación del período colonial con todo lo que aún subsiste entre nosotros de los tiempos de dominación española, de colonia y de conquista.

La Exposición nos hace volver la vista hacia el pasado, nos muestra de manera gráfica las costumbres, en lo que tienen de más íntimo, los detalles de la vida, del vestuario, de la casa, las prendas que por sí solas nos revelan en toda su extensión las maneras de vivir y de sentir de un pueblo. Allí aparecen los varios accidentes, las formas ordinarias en las cuales se deslizaba la vida de familia, y luego, hasta las direcciones peculiares de la vida del espíritu, con la influencia que en él tenían los acontecimientos religiosos y las aspiraciones aristocráticas, el vano deseo de ostentación, la aspiración á las riquezas y al lujo, peculiares á las familias linajudas. Vemos desfilar la colonia, y antes que ella, la conquistista, con sus colecciones de armaduras, de cascos, de mosquetes; la vijísima cota de mallas encontrada en las ruinas de Imperial, el casco abollado que las tradiciones atribuyen á don Pedro de Valdivia, las cortas espadas toledanas de ancha hoja, semejantes en todo á las espadas romanas de los tiempos heroicos. La conquista fué, en todo, una leyenda grandiosa, una epopeya incomparable, escrita con su sangre por un puñado de aventureros que no sabían leer ni escribir. Al ver esas reliquias memorables sentimos una especie de estremecimiento en el espíritu, convencidos ya, por el testimonio de nuestros sentidos mismos, que esos personajes casi mitológicos existieron positivamente y lucharon de á uno contra ciento, en los campos de batalla de Arauco.

Precisamente en esos días se inauguraba el monumento consagrado á la memoria de don Alonso de Ercilla y Zúñiga, el inmortal poeta y cantor de las glorias araucanas, no llegado á nuestras playas en busca del oro codiciado, como Francisco Pizarro, ni de la fuente de juventud como Ponce de León, sino arrasado por la sed insaciable de gloria y renombre, por el mismo espíritu que movía á Cervantes en la batalla de Lepanto. Eran aquellos los tiempos de la edad de oro del heroísmo español, y era también de gloria incomparable para las cosas del espíritu. Ercilla vino á buscar gloria donde era más difícil encontrarla, en las selvas oscuras y lejanas, en las encrucijadas peligrosas, bajo un cielo adverso, con un clima terrible, de lluvias torrenciales. Y no asedió para contrarios á los indios mansos y sumisos de las regiones tropicales, sino á los más bravos, á los más indomables, á los que se mantenían siempre con el arma al brazo, á esa gente

"Tan soberbia, gallarda y bellosa
que no ha sido por Rey jamás reñida
ni á extranjero dominio sometida".

Ercilla ponderaba el heroísmo de los araucanos, sus virtudes, su fortaleza en los padecimientos, su mansedumbre, su constancia en la desgracia, su fuerza física y su resistencia moral. Era para él

un gran pueblo, ó más bien una gran raza, que se encontraba en la cuna de la civilización y que con sus condiciones morales equilibraba las ventajas positivas que la superioridad de civilización procuraba naturalmente á los hijos de España. Y mientras el bronce inmortalizaba la imagen del gran poeta de Arauco, de Ercilla, en una de nuestras plazas, el Museo nos mostraba los retratos de los capitanes y gobernadores que dirigieron esa guerra sin término, esa lucha de trescientos años, no concluida todavía.

Existen retratos en extremo interesantes, como el del gobernador Gómez de Silva, el del primer Marqués de Cañada Hermosa, el de don Ambrosio O'Higgins, Marqués de Vallenar, y otros igualmente representativos de la época. Allí, bajo la urna de cristal se encuentra la casaca del famoso Presidente y padre del gran general de la patria vieja; es una casaca de color blanco, tiene bocamangas rojas y los bordados de oro le dan el más brillante realce; diríase que su dueño acaba de quitársela, y sin embargo, ha transcurrido ya más de un siglo desde que O'Higgins abandonó la tierra de Chile para ir al Virreinato del Perú.

Los recuerdos históricos se amontonan: yelmos y corazas que sin duda, pertenecieron á los conquistadores de la tierra de Arauco, viejas cotas de malla, y yelmos, uno de los cuales, encontrado en las ruinas de Imperial, es atribuido al propio don Pedro de Valdivia. Hemos visto, igualmente una espada atribuida á los primeros conquistadores, más, dudamos de su autenticidad, comparándola con otras auténticas que hemos tenido ocasión de contemplar fuera de aquí.

Las momias indígenas y en particular los objetos exhibidos por el doctor Oyarzún, despiertan el mayor interés, llevándonos á los primeros tiempos de la historia patria. Por todas partes vemos armas, culebrinas de la época de la independencia, viejos y pesados fusiles que sirvieron á nuestros antepasados en los campos de batalla de la patria vieja, cañones de bronce, y, entre todas esas cosas, el estandarte de los Talaveras, el famoso batallón cuyo recuerdo se encuentra en todos los espíritus, con sus colores desvanecidos por los años, las lluvias, el humo de la pólvora y las huellas del combate. Honda emoción despierta la gloriosa bandera que peleó en las titánicas guerras de la península española, y que vino luego, en defensa de su rey, á los campos de batalla de la América del Sur. Muchos años han transcurrido desde entonces, muchos y variados acontecimientos se han realizado en la madre patria y en sus antiguas colonias, se han borrado por completo las pasiones que nos dividieron y solo un recuerdo cariñoso liga á los que ayer no más se combatían encarnizadamente. Por eso, la inscripción colocada en el monumento de Maipo aparece uniendo con lazos comunes á los que vivieron combatiéndose, en cumplimiento de una ley sagrada, la del supremo amor á la patria.

En el Museo se encuentran los retratos de casi todos los gloriosos generales que dieron libertad á Chile, de sus primeros Presidentes, de grandes capitanes, como el vencedor de Yungay, el mariscal de Aconcagua, don Manuel Bulnes, y de soldados como el general Baquedano, vencedor de Chorrillos y Miraflores. La casaca del general Prieto, y la de Freire, los viejos morriones de los granaderos de la patria vieja, y las espadas de otros héroes que parecen trazar una línea continuada, entretejida de laurel.

La Exposición Histórica nos muestra otro interesantísimo aspecto, acaso el más importante de la historia, el que se refiere á las costumbres, al modo de ser íntimo, a la vida casera, á la existencia que se llevaba de puertas adentro. Los abanicos de antaño, usados por nuestras tatarabuelas dan la expresión exacta del lujo que se gastaba entonces en las casas de tono; su estrecho país, las prolongadas y cinceladísimas varillas de marfil ó de nácar, labreadas como si fueran encajes, las enormes pintas de teja, los quitasoles cubiertos de encajes preciosos, las mesas incrustadas en marfil ó en carey, las cajuelas talladas ó incrustadas en carey ó marfil, las telas riquísimas, recamadas en seda con dibujos y colores de armonía exquisita, de tonos de vieja rosa ó de verde pálido, todos nos hace creer que la existencia de las familias opulentas de aquellos tiempos era de lujo y de boato incomparable, y que las familias de los emigrantes vascos arribadas á las playas de Chile eran de origen noble y de procedencia hidalga. No necesitamos acudir á los pergaminos ni á los libros genealógicos para reconstituir la fisonomía de la sociedad chilena del siglo XVII y XVIII; el mobiliario, por sí solo nos procura suficientes datos para hacerla. Una falange de anticuarios, entre otros los señores Javier L. Larraín Irrarrázaval, Joaquín Figueroa, Luis Demareco Vergara, Eduardo Guzmán, Carlos Cruz Montt, Ignacio Ugarte, y algunos otros, han conservado su tiempo y sumas considerables de dinero á esa reconstrucción gráfica de la vieja sociedad chilena, acaso la más valiosa documentación para los historiadores futuros que intenten hacer las épocas desvanecidas en lejana penumbra.

La Exposición de Bellas Artes merece estudios especiales que le consagrarán en estas mismas páginas los mas autorizados críticos de arte.

LUIS ORREGO LUCO